

Tajamar cumple 50 años

Desde comienzos del siglo XX, se produjeron en España cambios sociales y laborales de importantes consecuencias, que llevaron a miles de familias procedentes del campo a acudir a las grandes ciudades en busca de mejores condiciones de vida. En las zonas periféricas de Madrid se fueron asentando decenas de miles de familias que venían a la capital para trabajar y no tenían dónde vivir. Según llegaban se enteraban de que en las huertas de Palomeras podían ocupar una pequeña parcela de suelo rústico sobre la que construir ellos mismos su hogar. Así fueron creciendo con nocturnidad, escondiéndose de la autoridad, las típicas casitas bajas de ladrillo con tejado de Uralita o de lata, que formaron barriadas espontáneas, sin equipamientos ni servicios.

Fue en los cincuenta y sesenta cuando más inmigrantes acudieron y se instalaron allí. Cuando empezó Tajamar, hace hoy cincuenta años, vivían en esas condiciones más de diez mil familias. El Puente de Vallecas, con ciento cincuenta mil habitantes, era por entonces el barrio obrero más poblado de Madrid, en continuo crecimiento por esas inmigraciones del mundo rural, especialmente de andaluces y extremeños.

Vallecas ha sido un barrio de pioneros, de hombres y mujeres muy trabajadores que buscaban un porvenir mejor para sus familias. Ahora, a la vuelta de dos generaciones, puede decirse que, con el esfuerzo y el tesón de muchos años, han dejado a sus hijos y nietos una realidad bien distinta a la que había cuando llegaron. Pero la realidad de entonces, todavía impregnada de las consecuencias de la guerra y la posguerra, es que aquella barriada hasta entonces alegre y próspera se había convertido en un triste suburbio.

La historia de Tajamar comenzó en otoño de 1956. San Josemaría Escrivá quiso que comenzara una labor apostólica de trascendencia social en algún barrio populoso de Madrid. Era algo con lo que el Fundador del Opus Dei había soñado desde sus primeros años de trabajo sacerdotal en Madrid. Enseguida la idea fue tomando cuerpo. El 24 de octubre de 1956, las personas que iniciaron este proyecto tuvieron la primera reunión, en un bar de la Avenida de Monte Igueldo.

Al principio, se puso en marcha un Club Deportivo. A los pocos meses, lo del deporte estaba ya a pleno rendimiento, pero aquello se quedaba corto. Había en el barrio unos doce mil chicos sin escolarizar, yeso, además de reducir sus posibilidades profesionales futuras, les llevaba con facilidad a la delincuencia. Era necesario poner en marcha un centro de enseñanza. Por entonces, el Ministerio de Educación había creado la figura de las Secciones Filiales y los Estudios Nocturnos de Bachillerato, que se reglamentaron por una Orden de 16 de julio de 1957. El Ministerio deseaba que se promovieran centros educativos

que dependieran de un Instituto de Enseñanza Media, con el propósito de acercar el bachillerato a las barriadas populares y las zonas de ensanche de las grandes poblaciones, bajo el patrocinio de un Instituto ya consolidado.

Sin perder un minuto, se comenzaron las gestiones. Después de numerosos trámites, en enero de 1958 se firmó un convenio por el que Tajamar pasó a ser la Sección Filial n° 1 del Instituto Nacional de Enseñanza Media Ramiro de Maeztu.

Nadie pensó en esperar al mes de septiembre. Había que empezar de inmediato. Los exámenes de ingreso se celebraron a los pocos días, el 6 de febrero. Después de la prueba oral y escrita, quedaron distribuidos en dos grupos de 30 y 28 alumnos respectivamente, y otro nocturno de 18. A la semana siguiente, el 12 de febrero de 1958, sin ceremonia de inauguración, se dieron las primeras clases, mientras se terminaban de montar los pupitres en las dos aulas prestadas en que se comenzó.

Para el mes de septiembre, había ya dos cursos diurnos de ochenta alumnos cada uno y otros dos, menos numerosos, para el nocturno. Se acondicionó una vaquería recién abandonada, donde estuvo Tajamar hasta finales de 1961, momento en que se trasladó a la sede actual.

Estando todavía en aquella vaquería, comenzaron también las clases de Primaria. La razón de hacerlo fue muy sencilla. Los alumnos iban y venían al colegio atravesando el descampado de las cerámicas o entre las chabolas del barrio de Doña Carlota. Entonces aparecían algunos chicos más pequeños, que vivían por allí, asomando las cabezas por las lomas y descargando masivamente y por sorpresa sus pedradas, y reapareciendo luego más adelante, cuando menos se lo esperaban, para reanudar la pedrea. Pronto se vio que los agresores no respetaban la edad ni las canas, que tiraban a dar y que las brechas y heridas iban siendo cada vez más frecuentes. Otro día aparecieron serrados los postes de las porterías de fútbol. Al poco, varios cristales amanecieron rotos. Después de algunas indagaciones, alguien averiguó quiénes habían sido y se visitó a los padres en una chabola cercana. La respuesta fue de una lógica aplastante: "Salimos por la mañana temprano a trabajar, o a lo que caiga, y los niños se quedan por aquí. ¿Qué quieren que hagamos?". Después de dar bastantes vueltas al problema, la solución fue también de una lógica aplastante. Lo mejor era meter a esos chicos en Tajamar. Como, por suerte, aún quedaban dos pajares de la vaquería en desuso, se habilitaron un par de aulas más. Se hicieron con celeridad las gestiones oficiales en el Patronato de Suburbios, hasta conseguir las autorizaciones necesarias para escolarizar a esos chicos que consideraban, con cierta razón, invadido su territorio. Las gestiones dieron resultado pronto, y así, con otros cuarenta nuevos chicos, comenzó en Tajamar la enseñanza primaria y se acabó aquella "guerra".

Las clases nocturnas eran también una lección para todos. Eran hombres

dispuestos a seguir los pasos de sus hijos, aunque comenzaran muchas veces en cursos inferiores a ellos. Impresionaba ver la puntualidad, el interés que ponían en las clases, el esfuerzo por entender y hacer bien los ejercicios, y, sobre todo, su ilusión por compaginar a toda costa el trabajo, la familia y el estudio.

Ha pasado medio siglo de historia en Tajamar, y el barrio apenas parece lo que era. En los años setenta y ochenta, las administraciones públicas hicieron un gran esfuerzo por dar a todas esas personas una vivienda digna. Arquitectos y urbanistas de prestigio trazaron un barrio entero de viviendas de protección oficial, con bloques en altura y grandes avenidas. Se impulsó una gigantesca operación de realojo. Para acceder a la vivienda nueva era preciso firmar un acuerdo por el que, llegado el día del desalojo, en una misma mañana, los habitantes sacaban todas sus cosas, se acordonaba la zona y se demolía la casa. No podían coexistir las dos viviendas ni un solo día para evitar ocupaciones que dilataran el proceso. El piso nuevo estaba preparado para que las personas desalojadas pernoctasen esa misma noche.

Desde el parque que hay en lo alto del Cerro del Tío Pío hay unas lomas que dominan toda la ciudad. Al caer la tarde, mucha gente sube a esos montículos, que forman un paisaje urbano muy singular: una sinuosa pradera que se adueña de todo Madrid y guarda en sus entrañas los restos de las viviendas que hubo por aquel lugar. Allí se concentraron los restos de las minas de arcilla y los escombros de las viviendas que se habían demolido, y se recubrió después todo con un manto de tierra vegetal que ha creado un conjunto de verdes lomas artificiales. Quizás dentro de miles de años se conviertan en un tesoro arqueológico, pero ahora ya esconden el esfuerzo de toda una generación que llegó a Madrid sin nada y que con su esfuerzo y el de muchos otros ha transformado esta zona de la ciudad.

Alfonso Aguiló

Tajamar en 1969:



Tajamar en 1988:

